

Carlo Collodi
Las aventuras de Pinocho

Traducción y notas de Guillermo Piro

IX

**Pinocho vende el Abecedario
para ir a ver el teatro de títeres.**

Apenas dejó de nevar, Pinocho, con su lindo Abecedario nuevo bajo el brazo, tomó el camino que llevaba a la escuela, y, mientras caminaba, iba fantaseando en su cabeza mil razones y mil castillos en el aire, uno más bello que otro.



Ilustrador desconocido (1916)

Y discurriendo para sí, decía:

—Hoy, en la escuela, lo que primero quiero hacer es aprender a leer;

mañana aprenderé a escribir y pasado mañana aprenderé los números. Después, con mi habilidad, ganaré mucho dinero, y con el primer dinero que me embolse le haré hacer a mi padre una bonita casaca de paño. ¿Qué digo de paño? Se la haré hacer toda de oro y plata, y con los botones de brillantes. Ese pobre hombre se la merece de verdad. Porque, en fin, para comprarme los libros y hacerme educar ha quedado en mangas de camisa... ¡y con este frío! ¡Sólo los padres son capaces de ciertos sacrificios!...

Mientras todo conmovido hablaba de esta manera, le pareció oír en la lejanía una música de flautas y golpes de bombo: pi—pi—pi, pi—pi—pi, bum, bum, bum, bum.

Se detuvo a escuchar. Aquellos sonidos venían del fondo de una larguísima calle transversal que llevaba a un pequeño pueblito levantado a orillas del mar.

—¿Qué música es ésa? Lástima que tenga que ir a la escuela, si no...

Y se quedó allí, perplejo. De todos modos, había que tomar una resolución: o a la escuela, o a oír las flautas.

—Hoy iré a oír las flautas, y mañana iré a la escuela; para ir a la escuela siempre hay tiempo —dijo finalmente aquel pícaro encogiéndose de hombros.

Dicho y hecho. Tomó la calle transversal y comenzó a correr tan rápido como podía. Más corría, más claro oía el sonido de las flautas y los golpes de bombo: pi-pi-pi, pi-pi-pi, pi-pi-pi... bum, bum, bum, bum.

He aquí que se encontró en medio de una plaza toda llena de gente, la cual se agolpaba alrededor de un gran barracón de madera y telas pintadas de mil colores.

—¿Qué es ese barracón? —preguntó Pinocho, dirigiéndose a un niño del pueblo que estaba allí.

—Lee lo que está escrito en ese cartel y lo sabrás.

—De buena gana lo leería, pero, por ahora, no sé leer.

—¡Qué burro! Entonces te lo leeré yo. Has de saber que en ese cartel, escrito con letras rojas como el fuego, dice: GRAN TEATRO DE TÍTERES...

—¿Hace mucho que comenzó la comedia?

—Comienza ahora.

—¿Y cuánto cuesta la entrada?

—Cuatro monedas.

Pinocho, que tenía la fiebre de la curiosidad, perdió todo recato, y, sin avergonzarse, dio al niño con el que hablaba:

—¿Me prestarías cuatro monedas hasta mañana?

—Te las daría de buena gana —le respondió el otro, burlándose—, pero justamente hoy no te las puedo dar.

—Te vendo mi chaqueta por cuatro monedas —le dijo entonces el muñeco.

—¿Para qué puede servirme una chaqueta de papel floreado? Si llegara a llover, no habría modo de sacármela de encima.

—¿Quieres comprarme los zapatos?

—Son buenos para encender el fuego.

—¿Cuánto me das por el gorro?

—¡Bonita compra! ¡Un gorro de miga de pan! ¡Sólo faltaría que los ratones vinieran a comérselo en mi cabeza!

Pinocho no sabía qué hacer. Estaba a punto de hacer una última oferta, pero le faltaba coraje; dudaba, vacilaba, sufría.

Al fin dijo:

—¿Quieres darme cuatro monedas por este Abecedario nuevo?

—Yo soy un niño, y no les compro nada a otros niños —le respondió su pequeño interlocutor, que tenía mucho más juicio que él.

—Por cuatro monedas el Abecedario te lo compro yo —gritó un revendedor de ropa usada que había oído la conversación.

Y el libro fue vendido de inmediato. ¡Y pensar que aquel pobre hombre, Geppetto, se había quedado en casa, temblando de frío, en mangas de camisa, para comprarle el Abecedario a su hijo!



Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

X

**Los títeres reconocen a su hermano Pinocho
y le tributan un grandísimo recibimiento;
pero en lo mejor aparece el titiritero Comefuego
y Pinocho corre peligro de acabar mal.**

Cuando Pinocho entró en el teatro de marionetas, tuvo lugar algo que casi provoca una revolución.

Hay que saber que el telón estaba levantado y que la comedia ya había comenzado.

En la escena se veía a Arlequín y Polichinela que discutían entre sí y, como de costumbre, se amenazaban con intercambiarse de un momento a otro un montón de bofetadas y garrotazos.

El público, muy atento, se moría de risa al oír las disputas de aquellos dos títeres, que gesticulaban y se insultaban con tanta naturalidad como si fuesen dos animales racionales o dos personas de este mundo.

Cuando al improviso Arlequín deja de actuar y, volviéndose al público y señalando con el dedo a alguien que se encontraba al final de la platea, comienza a gritar en tono dramático:

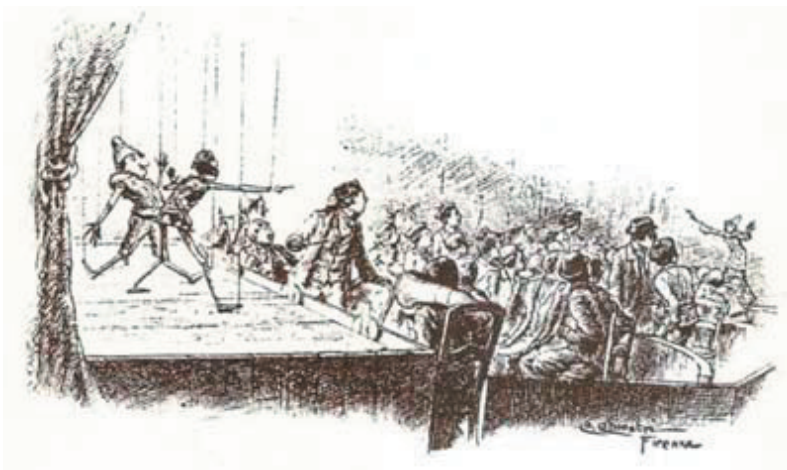


Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

—¡Dioses del firmamento! ¿Sueño o estoy despierto? ¡Y sin embargo diría que ése que está allí es Pinocho!...

—¡Claro que es Pinocho! —grita Polichinela.

—¡Es él! —chilla la señora Rosaura desde el fondo del escenario.

—¡Es Pinocho! ¡Es Pinocho! —gritan a coro todos los títeres, saliendo a saltos desde bastidores—. ¡Es Pinocho! ¡Es nuestro hermano Pinocho! ¡Viva Pinocho!...

—¡Pinocho, ven conmigo! —grita Arlequín—. ¡Ven a arrojarte a los brazos de tus hermanos de madera!

Ante tan afectuosa invitación Pinocho da un salto y desde el fondo de la platea pasa a las primeras filas de butacas; después da otro salto y de las primeras filas de butacas se sube a la cabeza del director de orquesta, y de allí trepa al escenario.

Es imposible figurarse los abrazos, las caricias, las señales de amistad y los cabezazos de verdadera y sincera fraternidad que Pinocho recibió en medio de tanto alboroto por parte de los actores y las actrices de aquella compañía dramático—vegetal. (1)

No hace falta decir que este espectáculo era conmovedor, pero el público, viendo que la comedia no continuaba, se impacientó y comenzó a gritar:

—¡Queremos la comedia, queremos la comedia!



Ilustración de Maria L. Kirk (1916)

Todo aliento perdido, porque las marionetas, en vez de continuar cada cual con su papel redoblaron el ruido y los gritos y cargando a Pinocho en hombros lo llevaron en triunfo ante las luces de las candilejas.

Entonces salió el titiritero, un hombre tan feo que daba miedo de sólo mirarlo. Tenía una barba negra como una mancha de tinta, y tan larga que le llegaba al suelo; basta decir que, cuando caminaba, se la pisaba con los pies. Su boca era grande como un horno, sus ojos parecían dos linternas de vidrio

rojo, con la luz encendida dentro, y con las manos hacía restallar una gruesa fusta hecha de serpientes y de colas de zorro entrelazadas.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Ante la aparición inesperada del titiritero, todos enmudecieron. Se habría oído volar una mosca. Aquellas pobres marionetas, varones y mujeres, temblaban como hojas.

—¿Por qué has venido a sembrar semejante barullo en mi teatro? —preguntó el titiritero a Pinocho, con un vozarrón de ogro, como si tuviera un terrible catarro.

—¡Créame, ilustrísimo señor, que la culpa no fue mía!

—¡Basta! Esta noche arreglaremos cuentas.

En efecto, acabada la representación de la comedia, el titiritero fue a la cocina, donde se había hecho preparar para la cena un buen cordero, que giraba lentamente ensartado en el asador. Y como le faltaba leña para terminar de asarlo y de dorarlo, llamó a Arlequín y a Polichinela y les dijo:



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

—Tráiganme a ese muñeco que encontrarán colgando de un clavo. Me parece un muñeco hecho de leña muy seca y estoy seguro de que, si lo tiro al fuego, producirá un estupendo fuego para el asado.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Arlequín y Polichinela al principio vacilaron; pero atemorizados por la mirada de su amo, obedecieron. Y poco después volvieron a la cocina, trayendo entre los brazos al pobre Pinocho, el cual, sacudiéndose como una anguila fuera del agua chillaba desesperadamente:

—¡Padre mío! ¡No quiero morir!...

Nota del traductor:

(1) *drammatico-vegetale*: adjetivo compuesto, acuñado por Collodi, para designar a las marionetas de madera.